

TESSA COOPER
PROHIBIDO
BESAR
AL VILLANO



Prohibido besar al villano

Tessa Cooper

© de la obra: Tessa Cooper

1.ª edición: 2026

Diseño de cubierta: María Latorre

Corrección: Érika Gael

Registro propiedad intelectual SafeCreative: 2305044225876

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual. Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

A todos aquellos que luchan por un futuro mejor.

Vamos, hagamos algo absurdo como salvar el mundo.

Iron Man.

Nota de la autora

Esta historia forma parte de la serie **Tres Naranjos**. La historia principal, entre Saúl y Bea, queda resuelta al final de esta novela. En *la siguiente entrega de la serie* encontrarás la historia de Lola, pero también el final de una incógnita del pueblo que se abre en *Prohibido besar al villano*.

La serie:

Siete días y una foto: es una historia independiente y autoconclusiva, por lo que se puede leer en cualquier momento.

Prohibido besar al villano: te recomiendo encarecidamente leerla antes de la *próxima entrega*.

Siguiente novela: (no sabrás el título hasta el final de esta novela porque es un destripe): mejor que te la leas después de *Prohibido besar al villano*.

Y ahora, ¡a disfrutar!

Tessa

PRÓLOGO

Los habitantes de Tres Naranjos discrepaban en multitud de cuestiones, aunque había tres normas que convertían a esa comunidad en una muralla imposible de derribar:

1. Los forasteros debían ser tratados con el respeto justo para que la voluntad de regresar se instalara en su mente, pero con la indiferencia necesaria para evitar que establecieran allí su segunda residencia.
2. Cualquier cambio urbanístico estaba autorizado siempre y cuando el setenta y cinco por ciento de sus vecinos lo aprobasen en asamblea extraordinaria, entre torrijas y almendrados.
3. El número de habitantes debía ser superior a cinco mil, pero jamás sobrepasar los cinco mil cien.

Los tres mandamientos, como eran conocidos dichos acuerdos entre los parroquianos, constituían un secreto a voces entre los demás pueblos de la sierra de Guadarrama. Nadie, aparte de ellos mismos, comprendía el fundamento de unas normas acordadas mediante votación popular hacía treinta años, y que marcaban a Tres Naranjos como el pueblo con menor actividad económica de la zona. Teniendo en cuenta su ubicación, un sacrilegio, en opinión de muchos.

Los escasos setenta kilómetros que separaban Tres Naranjos de Madrid, sumados a las dos pistas de esquí a menos de veinte minutos en coche,

transformaban cada uno de los días de sus habitantes en una lucha titánica, un equilibrio entre las bondades de los pelotazos urbanísticos, las hordas de turistas vaciando sus comercios y la búsqueda de nuevas formas de vivir, mezcladas con un ecosistema propio basado en la tranquilidad, el respeto por el entorno y el conocimiento exhaustivo de la vida del prójimo más que la de uno mismo.

Pero, como en todo, los cambios, más que necesarios, son inevitables. Y una mañana cualquiera, de una primavera más, llegó al pueblo un chico que les recordaría que, para algunos, luchar por aquellos ideales había significado perder más de lo que estaban dispuestos a sacrificar, aun sin saberlo.

Viernes 1 de abril

Grupo «Fantasma a la vista»

Carlos ha añadido a Genaro

Carlos ha añadido a Paco

Carlos

Ya sé que tenemos un sinfín de grupos, pero este es necesario. Para que luego digáis que pierdo el tiempo sentado de banco en banco: acabo de ver un fantasma, y se avecinan curvas. Moved vuestros culos hasta el paseo de las Flores, frente al hostel.

Paco

Hay gente que curra, Carlos. No estoy para otro misterio de los tuyos.

Genaro

Un fantasma, dice. Qué exagerado eres. Seguro que es Gutiérrez, que ha llegado antes de lo previsto. Si sigues así, el día que suceda algo importante nadie te creerá.

Paco

Eso, eso. Igualito que le ocurrió al pastor de ovejas: ni puñetero caso.

Carlos

¿Habéis visto llegar un BMW eléctrico de color gris?

Paco

Sí, le ha dado tres vueltas al pueblo. Lento de cojones, iba el chaval. Me han dado ganas de adelantarlo con el tractor, pero me he contenido para no espantarlo. Que, después, los de fuera aseguran que conducimos como si la carretera fuese nuestra.

Carlos

¿Lo has reconocido?

Paco

¿Al muchacho? Solo le he visto los pelos esos que lleva recogidos en un moño. Al menos se veían limpios.

Genaro

Un BMW gris pasaba por delante de la gestoría cuando he salido a por café.

¿Ese es el fantasma? Los fantasmas están muertos, Carlos. Ese chico respiraba;

incluso ha frenado en el paso de cebra para cederme el paso. Hasta lo he saludado con la mano para agradecersele y él me ha devuelto el gesto. No hay muerto, Carlos. Olvídate del tema.

Carlos

Es un decir, ¡cómo os gusta tocar los huevos! Y qué poco espabilados sois.
¡Tiene que ser hijo de Andrés!

Paco

¡Anda ya!

Genaro

Leches, lo que hace el aburrimento.

Carlos

Acaba de salir del coche. Ya podéis correr si queréis verle la cara: es calcado a su abuelo.

Paco

Para empezar, no sabemos si Andrés tiene hijos. Lo tuyo es demencial. La prejubilación te ha sentado fatal; estás perdiendo fuelle, Carlos. Pobre Margarita, por lo que debe de estar pasando.

Carlos

No metas a mi mujer en esto, que está muy contenta con lo que tiene en casa.

Carlos

Acaba de sacar una maleta y se dirige al hostel. Hostias, ¡viene a quedarse!
¿Avisamos al abuelo o esperamos a que se lo encuentre y le dé un pasmo?

Genaro

Carlos, estate calladito, que la puedes liar muy gorda. No sabes quién es ese chico. Repito: no sabes quién es ese chico. Paco, ve a contenerlo, que nos incendia el pueblo con sus ideas.

Paco

Genaro, ven cagando hostias. Acabo de llegar a la equina y aquí hay tema.

Genaro

¡Voy!

Carlos

Ya no llegas...

10:30 Paseo de las Flores – Frente al hostel Los Naranjos

Saúl se dirigió al hostel Los Naranjos con la vista clavada en la edificación que tenía enfrente: una fachada de piedra grisácea; ocho balcones con barandillas de hierro forjado y un intrincado dibujo de diminutas hojas en las esquinas superiores, y una puerta principal de madera y hierro que, entreabierta como estaba, invitaba a cualquiera que pasara por allí a descubrir qué se ocultaba en aquel rincón. Al realizar la reserva, no había sabido muy bien lo que se encontraría, pero en absoluto esperaba toparse con un edificio de al menos un siglo de antigüedad, reformado no hacía mucho con un respeto por el entorno que lo llevó a disfrutar de cada detalle.

Un cartelito amarillo chillón, ubicado en el mismo cristal en que se anunciaban los datos de contacto del establecimiento y los horarios de los servicios de comidas, llamó su atención:

«¿Me echas una mano? En realidad, necesito dos para las noches de verano. Entra y hablamos: pregunta por Bea».

Leyó dos veces la oferta de trabajo: la primera, con incredulidad, analizando la cantidad de segundas interpretaciones que sugería; la siguiente, y tras recordar la conversación que había mantenido el día anterior con la chica que regentaba el establecimiento, con una sonrisa en los labios y unas ganas apremiantes de ponerle cara a aquella voz que le había sonado a hogar, y que a él, en aquel momento de su vida, le supo a puerto.

Sacudió la cabeza a los lados, como si así pudiese expulsar de ella los acontecimientos de las últimas semanas, que acababan de inundarla de nuevo. Esos mismos acontecimientos eran los que lo habían llevado hasta Tres Naranjos aquella mañana y los que, a ratos, lo impelían a dar media vuelta y salir huyendo de ese pequeño pueblo, al que no sabía si acudía con la mejor de las intenciones o el más vil de los motivos. Miró al suelo, inhaló con avidez y exhaló poquito a poco, deshaciendo parte de la maraña de nervios en que se había convertido su cuerpo en las últimas horas. En los últimos días.

—Si no te convence, no tienes por qué quedarte.

—¿Qué? —Saúl alzó la cabeza y se dio de bruces con unos ojos y unos labios que transmitían serenidad.

—Llevas ahí un rato. Y... pues, eso: si no te convence, si no es lo que esperabas, no pasa nada. Hay más alojamientos por la zona. No en el mismo pueblo, pero tampoco quedan lejos. Serías el primero que sale despavorido, pero para todo hay una primera vez. Por cierto, soy Bea.

—Yo, Saúl.

—Lo sé. ¡Oh! No te extrañes. No es que sea adivina, ni tengo una bola de cristal. Es que solo te esperaba a ti. Si quieres, puedo enseñarte mi *batcueva*; incluso podría presentarte a nuestro Robin particular, que hace las veces de recepcionista; si te convence, te quedas. Si no, habrás socializado, que también tiene su qué en los tiempos que corren. ¿Qué me dices? Además, en nada y menos va a caer una tromba de agua, así que, aunque sea durante el diluvio, esta es tu casa.

Una risa burbujeante escapó de entre los dientes de Saúl; Bea sintió que hacer el idiota merecía la pena. Ojeó de nuevo la camisa a cuadros del recién llegado, el tejano desgastado y la camiseta negra con el logo del murciélago en el pecho. Decidió que le pegaba.

La llamada del día anterior la había intrigado: Saúl le había preguntado si tenía una habitación doble disponible para diez días. Nada más. Ya con la reserva confirmada y los datos del huésped introducidos en el sistema, ella le había hablado del servicio de desayuno y de las cenas que servían de viernes a domingo, así como de la oferta de restauración del pueblo para las comidas, de las excursiones al Parque Nacional de la Sierra de Guadarrama y, por último, del importe de la estancia. Nadie jamás se había mostrado tan indiferente ante esa última cuestión.

—¿Otra friki de DC?

—No, a mí me molan los héroes de verdad. Soy de Marvel a muerte.

—Vaya, vaya.

—Sí, supongo que vaya.

—...

—¿Qué me dices?, ¿entras?

—Entro y me quedo. Las dos cosas.

—¿Seguro que no quieres bichear antes?

—Algo me dice que ya he visto lo más interesante del lugar, aunque confraternice con el enemigo.

Bea apretó los labios con fuerza para no soltar una carcajada. A continuación, giró y se adentró en el hostel. No estaba bien que tonteara con un cliente, por muy atractivo que este fuera y por muy en bandeja que se lo pusiera. Saúl, que siguió sus pasos pegado a su espalda, aprovechó su posición para deleitarse en el movimiento de sus caderas.

Y caminaron tranquilos. Él, permitiéndose el lujo de olvidar durante un rato qué lo había conducido hasta allí. Ella, sin sospechar que la presencia de Saúl removería las bases de los mandamientos de Tres Naranjos. Ambos, sin ser conscientes de que tres pares de ojos acababan de poner en marcha lo que más tarde concluiría todo un pueblo.

13:42 Bar Rafa – Plaza de las Almas Perdidas

—Lola, ¿admitimos ya a Pablo como novio o seguimos con pulpo como animal de compañía?

—Seguimos con pulpo. Bea, recuerda que no soy tan impresionable como Nora. A mí, un mes y medio de sudores y jadeos no me ata a nadie.

—Pero ¿por qué me metes en esto?

—Hermanita, que el primer trasero que viste tras el divorcio te lo agenciaste en cero coma.

—Perdona, pero el culo de Zeta no tiene nada que ver con el nivel de impresionabilidad de cualquier ser humano. Hay evidencias y evidencias en esta vida: la Tierra gira en torno al Sol, el agua del mar es salada, el culo de mi pareja es el mejor trasero de la historia de la humanidad, y mi hermana, por mucho que se empeñe en no verbalizarlo, ha sucumbido al amor.

—¡Hala! Ya la tenemos riéndose como una hiena. Eso son nervios porque sabe que tenemos razón y que lo suyo con Pablo acabará en capilla.

—Si lo sé, Bea, lo sé.

—Yo... es que... me meo. En serio..., me meo con vosotras dos.

—Chicas, ya estoy aquí, ¿qué os pongo hoy?

—Tres ensaladas, dos platos de macarrones y un bistec a la plancha. Agua para todas. Gracias, Rafa.

—Las que tú tienes, Bea. Enseguida salen.

—Te veo contenta, ¿ha pasado algo que quieras compartir? No sé, ¿la llegada del huésped que nos comentaste ayer ha resultado satisfactoria? Las malas lenguas dicen que os lo pasasteis en grande frente al hostel.

—¡Buf! Mira que son cotillas. ¿Quién ha sido esta vez, Lola? Estoy harta de ver las cortinas ladearse cada vez que llegan clientes.

Bea se reacomodó en la silla y echó un vistazo a su alrededor. El bar de Rafa era uno de los centros neurálgicos de esa comunidad a la que tanto amaba y que, en momentos como ese, tanto la desquiciaba. En Tres Naranjos bastaba con que te viera una persona para que el resto supiera tu estado de ánimo, la ropa que vestías y, si apuras, hasta tu lugar de procedencia. Ese había sido el *modus operandi* de sus vecinos desde que tenía memoria.

Apenas había estado unos minutos con Saúl frente a la puerta. A saber qué historias circulaban entre las esquinas del pueblo, las paredes de sus hogares e incluso hasta en el mismo bar. Porque una cosa era un forastero que iba a pasar el día, y otra muy distinta, el que pretendía quedarse, aunque fuera un par de noches. En el primer caso, solo especulaban sobre su vida; en el segundo, no dejaban de maquinarse hasta que sonsacaban al pobre turista fecha, hora y lugar de nacimiento. Bea, que gracias al DNI de Saúl sabía que había nacido y vivía en Madrid, pensó que ese dato no emocionaría a ninguno de sus paisanos. Sin embargo, su selección de camisetas de DC no los dejaría indiferentes. Saúl tenía un porrón de ellas. No es que Bea las hubiese visto todavía; es que él, mientras ella le mostraba las diferentes estancias del hostel y lo conducía a su habitación, había sacado el tema: «Si el murciélago te ha gustado, prepárate para ver el resto».

—¿En qué piensas? Sonríes como una boba.

—¿Qué?

—Aquí hay tema, Nora.

—Déjala tranquila, Lola.

—¡Pero si has empezado tú a preguntar! Te has quedado alelada, Bea. Está bueno, ¿verdad?

—¡Hostias, Lola! Siempre pensando en lo mismo —se quejó Nora.

—No. Siempre no. Pero si este fin de semana no puedo bajar a Madrid a ver a Pablo, seré más feliz si mi querida amiga se estrena.

—¡Oye!

—¡¿Qué?! No te ofendas, pero desde que lo dejaste con Sergio no te das una alegría. Las telarañas regeneran el himen, está comprobado.

—¡Cállate, loca! Y, Bea, no te rías, que le das coba.

—No, si tendré que acostarme con el primero que pasa porque Pablo y Zeta están de despedida de soltero y tú, más aburrida que una ostra. Manda huevos, Lola. ¿Por qué no admites de una vez que estás pillada por Pablo?

—Porque sería mentir.

Las carcajadas de Nora y Bea atrajeron la atención del resto de los clientes, que giraron sus cabezas de forma simultánea hasta dar con las dueñas de esas risas. Las fichas de dominó dejaron de moverse, los cubiertos quedaron suspendidos en el aire o apoyados en los platos, las conversaciones se apagaron, y el mismísimo Rafa, que en ese instante salía de la cocina con el pedido de las chicas, hizo un barrido del local en busca del problema. Varios pares de ojos las inspeccionaron: unos ladearon la cabeza; otros la menearon.

Solo el sonido de la máquina tragaperras anunciando un premio volvió a ponerlos en marcha y cada uno siguió a lo suyo.

—Aquí llega lo vuestro. ¿Qué ha pasado?

—Solo nos hemos reído —contestó Bea.

—Esta gente... Que aproveche, chicas.

—Gracias —dijeron las tres a la vez.

—Mierda.

—Madre del amor hermoso.

—Ya estamos.

—Nora, mira hacia el pozo y dime si no tengo razón.

—Pues sí.

—Pues eso.

—Bea, dime que no es tu huésped.

—Lola, no es mi huésped.

—Y, entonces, ¿por qué le sonríes como una tonta?

—Porque es el Caballero Oscuro.

Grupo «Fantasma a la vista»

Carlos

Está saludando a alguien.

Paco

¿A quién?

Carlos

Ni idea. Ha hecho el gesto con la mano. Debe de tener un socio.

Genaro

¡Pero qué socio ni qué leches! Carlos, no persigas al muchacho. ¿Dónde estás ahora?

Carlos

Bajo los arcos, en el otro extremo de la plaza.

Paco

Genaro, ese es el hijo de Andrés y habrá que averiguar a qué ha venido.

Genaro

Puede ser que solo se parezca a Andrés. ¿No dicen que todos tenemos un doble?

Carlos

No me toques los huevos.

Paco

Eso no me lo trago. Además, su coche es híbrido; ahí están los genes del abuelo.

Genaro

¡Pero ¿qué tontería es esa?!

Paco

No es una tontería, es una evidencia más.

Carlos

Acaba de entrar en el bar de Rafa. Voy a acercarme para ver con quién está.

Paco

¡Quieto *para*o!

Carlos

¿Por qué?

Paco

Llevas media hora tras él. Al final, se dará cuenta. Mejor mete a Rafa en el grupo para que nos informe.

Genaro

Paco, tú no le des ideas, hombre. Se puede liar muy gorda. Que al chaval se lo ve majo y habrá venido a algo bueno.

Carlos ha añadido a Rafa

Carlos

Rafa, ¿has visto quién acaba de cruzar la puerta de tu bar?

Paco

Nada, no contesta.

Genaro

Es que está currando.

Rafa

¿Sabíais que Andrés tiene un hijo?

Carlos

¡¿Veis?!

Paco

Si es que estaba cantado.

Genaro

Sois la leche; aquí no hay nada cantado.

Carlos

Ha llegado esta mañana, Rafa. Tras un par de vueltas en coche por el pueblo, se ha hospedado en el hostel. Después del diluvio ha salido a pasear y lleva un rato recorriendo las calles. Lo hemos visto saludar a alguien desde fuera, ¿con quién está?

Rafa

Es todo muy sospechoso. No me da buena espina. Bea está presentándole a las chicas.

Genaro

No hay socio misterioso. Solo es la hospitalidad de Bea. Todos a comer.

Rafa

Pues yo no me fío. ¿Sabéis si el abuelo está al corriente?

Carlos

No.

Paco

No.

Genaro

A ver, que no sabemos quién es. Repito: no sabemos quién es. Os dejo. Voy a comer, que en media hora tengo que regresar a la oficina. No la lleis, por vuestras madres.

Rafa

Confirmado. Ese chico es clavado a su abuelo y a su padre. Por cierto, se llama Saúl.

Carlos

Si es que lo sabía. Habrá que estar muy pendientes de sus pasos. Paco, ¿me relevas? O tiro para casa o Margarita me deja en la calle, que va siendo hora de sentarse a la mesa.

Paco

Me pillas liado con las alcachofas, pero en media hora estoy ahí.

Rafa

Dadme un momento.

Rafa

Chicos, yo me encargo. Acabo de tomarle nota. Carlos, mete a mi mujer en el grupo para que lo siga cuando salga de aquí, y a Paquita, «la Modista», para que esté al tanto y nos avise de sus entradas y salidas en el hostal.

Carlos

Así da gusto, Rafa.

Carlos ha añadido a Reme

Carlos ha añadido a Paquita

18:15 En una habitación

Se pasó las manos por las perneras para deshacerse del sudor, abrió la mochila y dejó caer el contenido sobre el colchón, con la respiración acelerada y los latidos empujándole la garganta. Agarró el sobre rotulado como «Día 1», en un rojo intenso que le pareció de lo más inadecuado. Rasgó uno de los laterales mientras el silencio se tornaba en un zumbido incómodo tras sus orejas y la vista se le nublaba. Parpadeó un par de veces, respiró hondo otras tantas; consiguió sacar uno de los panfletos y centró su atención en cada una de las frases escritas en él.

Desde que, cuatro días atrás, le habían entregado el material, no se había atrevido a examinarlo. No porque se arrepintiese de la decisión que había tomado hacía un mes, en pleno barrio de Malasaña, tras una cena y más copas de las que podía recordar, sino más bien porque, si las cosas se torcían, no sabría cómo actuar a partir de ese momento. Se llevó la mano a la frente y la frotó con energía. Debía calmarse. Se repitió que, por mucho que ciertas personas aseguraran lo contrario, todo el mundo tenía un precio. Ni eso. En ocasiones, el ser humano renunciaba a sus convicciones más arraigadas por un simple capricho. Y ellos tenían ese capricho.

Se detuvo en cada detalle de la hoja que sujetaba: la tipografía era lo bastante llamativa; el color no pasaba desapercibido; las frases eran claras y precisas. No dudó de que causarían el efecto necesario para alcanzar su objetivo.

Más tranquilo, guardó el resto de los sobres en la mesilla de noche y tecleó en el móvil. Experimentó cierto alivio al comprobar que, a la una de la madrugada, no necesitaría paraguas.

El sonido de un motor acercándose lo guio hacia la ventana. Un coche aparcaba frente al hostel. Una familia descendió de él. Bea les dio la bienvenida. Un perro se abalanzó sobre ella. Besos, abrazos y los gritos de la madre exigiéndole a su hijo que se encargara de sus pertenencias.

Le gustaban los viernes. Siempre le habían gustado. Por eso un viernes, y no cualquier otro día, empezaría el juego.

¡Hasta aquí el adelanto de Prohibido besar al villano! Espero que hayas disfrutado de las primeras páginas. Ya sabes, Bea y Saúl llegan el 14 de abril, ya en pre venta a un precio wow [Pincha aquí para ver en Amazon](#)

Nos leemos pronto. Con cariño,

Tessa ❤️